

Moral y
transparencia

Capítulo



CONTRA EL MORALISMO, EL DERECHO A LA PRIVACIDAD

A PESAR DE LA MESURA DEL PENSAMIENTO DE ARISTÓTELES, en el mundo moderno se buscará evitar el desatino de subordinar la política a la moral, error cometido por Platón y también por las formas teocráticas de la Edad Media que supeditan la ciudad terrestre a la ciudad de Dios, el poder político al poder espiritual. En el caso de Platón, su equivocación consiste en pensar la comunidad política como una especie de gran familia, sobre la cual el rey-filósofo pretende conocer todo lo que es bueno para todos. En particular, el filósofo determina (de manera autoritaria) los contenidos de la educación y las artes admitidas o excluidas de la república. Por lo mismo, de manera análoga a las medicinas (*pharmakon*), cuyo empleo está reservado a los médicos y prohibido a los profanos, el rey filósofo reivindica el derecho para sí de aplicar terapias políticas para asegurar la salud social (eugenismo incluido) y propagar, como ya mencionamos más arriba, mentiras

“piadosas” entre los ciudadanos si así lo considera conveniente. A diferencia de Aristóteles, que reconoce la existencia de una esfera privada, al distinguir el ámbito de la familia del ámbito político; o de una Antígona que defiende sus valores contra lo dispuesto por el rey Creonte y las normas de la Polis; Platón funde toda la vida social en una sola esfera orgánica de gobierno. Esta visión tendrá una gran persistencia histórica; todavía en la época de Louis XIV, un teólogo como Bossuet sostiene que el monarca debe velar por la salud espiritual de su pueblo.

Un primer argumento en contra del “paternalismo” de Estado que se desprende de la concepción de Platón y en contra del perfeccionismo moral y el deseo de encaminar a los hombres por el sendero de la virtud, es de orden metodológico: la necesidad “científica” de partir de una visión realista del ser humano. Tomar al hombre tal y como es y no como supuestamente debería ser.

Éste es el caso del iniciador del pensamiento político moderno, Nicolás Maquiavelo (1469-1527), quien lejos de la obsesión griega por la virtud, no duda en afirmar y aceptar abiertamente que:

Los hombres son ingratos, volubles, dados al fingimiento, aficionados a esquivar peligros y codiciosos de ganancias.

Es de notar que la observación de Maquiavelo se aplica a los hombres en general, sin distinción alguna entre gobernantes y gobernados. En el primer número de Cuadernos de Transparencia Reyes Heróles saca la conclusión correcta del realismo defendido por Maquiavelo: las instituciones públicas no se deben construir bajo la suposición, a todas luces errónea, de que los seres humanos somos o deberíamos ser ángeles. En realidad, los seres humanos no somos tan buenos como lo pretende Platón ni tan malos como lo cree Maquiavelo.

Recuérdese la célebre advertencia que hace el pensador francés Blaise Pascal: el hombre no es ni ángel ni bestia y quien quiere hacer el ángel termina por hacer la bestia.

No es extraño que, más tarde, para el otro gran fundador del pensamiento político moderno, Thomas Hobbes (1588-1679), ya no se exija ningún tipo de virtud al gobernado. El acto exterior del individuo, acción o palabra, es lo único que puede y debe incumbir al gobernante (Leviatán, Cap. 27). De esta forma, el pensamiento moderno rompe con Platón y con el pensamiento religioso. A partir de Maquiavelo y de Hobbes, “ya no es necesario que el sujeto, en tanto que hombre, se identifique moralmente con las leyes políticas para mantener al Estado...”¹⁰. En adelante, se buscará que la política funcione sin que el buen ciudadano sea necesariamente “un hombre bueno”. Incluso, como dirá más tarde Kant, el problema del Estado debe tener solución para un pueblo conformado

por los mismos demonios siempre y cuando éstos sean razonables. De hecho, la enunciación que hace Kant de este problema, invita a enfrentar el desafío de la fábula de Giges, ya que los demonios –que no son sino los individuos que actúan como Giges– saben que, por una parte, su conservación exige leyes universales y, por la otra, como lo anota el filósofo, cada uno se inclinará secretamente a excluirse de ellas¹¹. Más adelante nos ocuparemos de la respuesta que Kant da a este problema y en el mismo escrito sobre la Paz perpetua. Por ahora, limitémonos a observar que esta divergencia que se hace manifiesta con Hobbes, entre el Estado y la conciencia moral de los ciudadanos, tendrá importantes implicaciones. En particular algo que nos interesa aquí: la liberación de la conciencia crítica del individuo frente al Estado y la invención de la esfera privada moderna por oposición a la esfera pública.

Para no detenernos demasiado en este punto, basta señalar que, en nuestros días, es claro que el moralismo y su pretensión de hacer de la totalidad de la vida social un objeto transparente al ojo del Estado, atentan contra un valor fundamental del mundo moderno: el derecho a la privacidad. Por lo mismo, menoscaba la autonomía de los individuos y la dignidad de la personas. Así lo observa Amy Gutmann. Moralistas son, de acuerdo con Gutmann¹², las

EN NUESTROS DÍAS, ES CLARO QUE EL MORALISMO Y SU PRETENSIÓN DE HACER DE LA TOTALIDAD DE LA VIDA SOCIAL UN OBJETO TRANSPARENTE AL OJO DEL ESTADO, ATENTAN CONTRA UN VALOR FUNDAMENTAL DEL MUNDO MODERNO: EL DERECHO A LA PRIVACIDAD.

concepciones que bajo el propósito de formar el carácter o la virtud, restringen opciones y, a fin de cuentas, rechazan la libertad de elección que poseen los individuos, es decir, el derecho que posee todo individuo a actuar por sí mismo y adoptar por sí mismo sus propios fines. Desde el punto de vista que ha sido particularmente enfatizado por la tradición del pensamiento liberal, el moralismo empieza donde acaba la neutralidad moral que debe tener el Estado en una sociedad democrática.